

**RESEÑA:** Rieff, David. *Elogio del olvido. Las paradojas de la memoria histórica*. Barcelona, España. Penguin Random House Grupo Editorial. 2017 por Gustavo Lucero (UNPA-UARG, gugalucero@hotmail.com).

### *Todo será olvidado...*

Con esta frase potente y controversial David Rieff<sup>1</sup> enmarca sus primeros capítulos de “Elogio del Olvido”(2017), donde aborda las paradojas de la memoria histórica desde una perspectiva muy particular que ha generado repercusiones en el campo académico y en los debates políticos presentes, especialmente en algunos espacios geopolíticos conflictivos, donde las complejas relaciones entre memoria, olvido, justicia, perdón y verdad, se ponen de manifiesto de forma tangible.

*Elogio del Olvido*, cuestiona aquella célebre frase de George Santayana “aquellos que no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo”, esencialmente su idea es que todo será olvidado, con el paso del tiempo todo será olvidado por los hombres o bien resignificado, hasta algunos hechos célebres o centrales dentro del pasado histórico de un lugar o una nación, para como esto sucede toma algunos ejemplos de la historia de Estados Unidos, relacionado con la Guerra Civil y otros más recientes de Francia y Australia.

En este sentido Rieff entiende que “la importancia histórica de un acontecimiento en su época o en las décadas que siguen no dan garantías de que serán recordado un siglo después y menos cuando hayan pasado varios siglos”(Rieff, 2017, 32), por trascendental que aparente ser un hecho o proceso histórico para el presente o sus contemporáneos no hay certeza alguna de que fuera a ser recordado o rememorado en los siglos siguientes más aún, podría pensarse que en posteriores rememoraciones su significado cambie notablemente de los planteamientos originales.

Además de esa certeza de que todo será olvidado, el autor nos alerta sobre la los peligros de la memoria colectiva, siguiendo a Maurice Halbwachs, entiende que esta es una “reconstrucción del pasado a la luz del presente”, y en ese proceso en el que una conciencia colectiva se aplica a la

---

<sup>1</sup>David Rieff, nació en Boston en 1952, licenciado en Historia por la Universidad de Princeton, es analista político, periodista y crítico cultural estadounidense. Sus artículos se han publicado en importantes medios como *The New York Times*, *The Washington Post*, *The Wall Street Journal*, *Le Monde*, *El País*, entre otros.

Es hijo de Susan Sontag y autor de *Una cama por una noche* de 2003, *Crímenes de guerra* de 2006, *A punta de pistola* de 2007, *El oprobio del hambre* de 2016.

memoria, el pasado se deforma y, por tanto, se parece más a un mito que la historia académica, entonces, lo que se recuerda en la memoria colectiva no es “la memoria de un pueblo” sino algo bastante diferente. Por ejemplo, en el caso de las naciones, todas fueron fundadas sobre una serie de recuerdos legados, en el que el olvido y el error histórico son fundamentales; por esto el progreso en los estudios históricos pone en contradicción a estas construcciones nacionales, avanza inexorablemente destruyendo algunos de los consensos que se habían establecido respecto a que recordar y que olvidar.

En septiembre pasado, en una entrevista realizada por un diario digital de nuestro país Rieff distinguía memoria e historia:

*“Creo que la buena historia es crítica por definición. En cambio, creo que la memoria es una fábrica de solidaridad y que por eso es anticrítica, es la antítesis de la crítica. La memoria colectiva o la historia politizada no buscan criticar, sino simplificar: quieren denunciar quiénes son los malos y quiénes los buenos, es totalmente maniqueísta. No es así como yo entiendo la historia, que en su versión honorable debe poner énfasis en la diferencia, ser crítica de todos y no aceptar la versión oficial”<sup>2</sup>.*

Ésta cualidad de la memoria colectiva o la historia politizada de la cual habla el autor, permite poner duda esa necesidad moral, y socialmente aceptada, de ponderar siempre la memoria sobre el olvido, condenando este último; sin embargo, el pasado (especialmente el reciente) nos muestra que en ciertos procesos históricos, ese recuerdo entendido como precepto moral y su consecuente rememoración han conducido a nuevos conflictos: “(...) La memoria histórica colectiva tal como las comunidades, los pueblos y las naciones la entienden y despliegan -la cual, reitero, es siempre selectiva, casi siempre interesada y todo menos irreprochable desde el punto de vista histórico- ha conducido con demasiada frecuencia a la guerra más que a la paz, al rencor y al resentimiento más que a la reconciliación y la determinación de vengarse en lugar de comprometerse en la ardua tarea del perdón” (Rieff, op. Cit., 56 -57). Este es sin dudas uno de los ejes centrales de su obra y también uno de los elementos que mayores polémicas ha generado, ya que impacta en uno de los preceptos morales que mayor fuerza ha tenido desde la segunda mitad del siglo XX.

De aquí se abren varios interrogantes, pero quizá el más importante se relacionan con el hecho de qué hacer luego de la culminación de algunos conflictos bélicos, cómo articular la relación

<sup>2</sup><https://www.infobae.com/cultura/2017/08/18/david-rieff-la-memoria-colectiva-es-un-acto-politico-que-se-sirve-de-la-historia-pero-sin-autocritica/>.

siempre difícil entre los objetivos virtuosos, la verdad, la paz y la justicia; especialmente cuando no aparece un vencedor evidente, aquí emerge la idea/necesidad de que, ante estas situaciones particular quizá la rememoración histórica no sea un imperativo moral cuando pueda producir nuevos conflictos; con ciertos reparos este es, sin duda, la preocupación primordial de Rieff.

Sin embargo, la idea plateada por el autor norteamericano no debiera ser entendida como una aplicación mecánica para todos los casos, si bien el autor plantea una desacralización de la memoria e intenta rescatar el olvido como operación necesaria para el perdón y la paz, no lo piensa específicamente para situaciones como las dictaduras latinoamericanas y los procesos de democratización que le siguieron; en estas situaciones el recuerdo es necesario para poder garantizar una justicia posterior.

En sus palabras:

*(...) pienso que en sociedades en las cuales la democracia ha sido vencedora, algo que con todos sus problemas podemos decir de la Argentina, de Chile, de Uruguay o de Sudáfrica, tal vez es mejor el recuerdo, al menos en las décadas inmediatamente después de la dictadura. Pero la gran mayoría de las guerras y dictaduras no terminan con un vencedor. Por el contrario, si hablamos de los Balcanes o de Irlanda del Norte, vemos situaciones de empate. Lo mismo vale para Israel y Palestina: es imposible imaginar reconciliar las dos versiones de la historia. Yo no niego ni por un segundo la posibilidad de que en algunos contextos puedas lograr la paz y la justicia, pero creo que en muchos casos no es posible, y es entonces que tenemos que elegir entre las dos.*

En su obra también se plantea una clara advertencia contra los peligros de abusar de la rememoración, algo presente algunos de los grandes defensores de esta operación como Margalit y Todorov, porque hay un estrecho límite entre esta sacralización y la banalización del pasado, entre dar lecciones morales a las comunidades y servir a unos intereses particulares, en un determinado momento histórico.

Así, se opone a la tradicional victoria de la memoria sobre la historia, basada en la tesis de Avishai Margalit de que la humanidad puede adoptar una la forma de una “comunidad de la memoria”, donde esta última operación sea central para el desarrollo de los hombres y el olvido condenado moralmente. Si bien este autor plantea algunos reparos sobre la “relevancia tendenciosa” que hasta memoria ha tenido hacia los hechos sucedidos en el Primer Mundo, para Rieff su tesis sigue siendo problemática, ya que, por un lado, la rememoración pueda ser vinculada con objetivos

políticos particulares y, por otro, le resta importancia al olvido como posibilidad concreta de resolución de conflictos ante determinadas situaciones (Rieff: Op. cit., 79 a 81).

Quizá el elemento fundamental en este marco es que, la apropiación de la historia por la memoria es consecuencia de la apropiación de la política de la historia, lo que lleva a que en la práctica, estos procesos estén muy lejos de los imperativos morales y éticos planteados por Margalit y otros autores, por el contrario, podríamos decir que la memoria colectiva ha devenido en la legitimación de un criterio particular y un programa político, social, cultural que además, tiene como componente anexo (y muy importante) la deslegitimación de aquellos que se plantean como opositores políticos o sujetos dominados.

Esta utilización de la memoria y de la historia por la política no es algo novedoso, lo que si plantea de interesante el autor es la necesidad de que, en determinadas circunstancias, se pueda proponer el olvido como la opción viable en lugar de la rememoración constante, que ha demostrado en muchos casos ser la fuente del conflicto y no la piedra fundamental para no repetir la historia, tal como reza la frase de Santayana.

En el desarrollo de su obra, y teniendo en cuenta las repercusiones que sus ideas pudieran provocar en aquellos afectados por procesos como los que analiza, realiza una serie de aclaraciones sobre su propuesta: “Lo que propongo no es remplazar un cuento de hadas *bien pensant* sobre la memoria por un cuento admonitorio *mal pensant* sobre el olvido. Tampoco sostengo que, ni siquiera en el caso de que tenga razón sobre los usos de dicho olvido, este deba darse en un periodo inmediatamente posterior a un gran crimen ni cuando sus perpetradores andan sueltos.”

En sus argumentos finales Rieff ataca duramente al uso de la memoria colectiva y su rememoración constante, no sólo entiende que esta ha sido y es una operación peligrosa, sino que además el mundo estaría en una mejor situación si en lugar de un imperativo moral sobre esta memoria colectiva primara el olvido; como se ha dicho, no como una propuesta de reemplazo mecánico de uno por otro sino una necesidad de revisar los numerosos argumentos que se han construido en favor de esa necesidad moral de recordar porque han dado lugar a visiones absolutistas y muchas veces al fanatismo que derivaron el procesos de venganzas interminables, especialmente cuando desde los mismos Estados se hace una apropiación y utilización de esa memoria, impregnándole de objetivos específicos que, generalmente, nada tienen que ver con aprender del pasado para no repetirlo, aquí ejemplos como Estados Unidos por 9/11 y el Estado de Israel con la Shoá son tomados por el autor como paradigmáticos (Rieff, Op. cit.,134, 148).

¿Por qué esta preocupación hacia los excesos de la rememoración, hacia la abundancia de la memoria sobre la historia? Sencillamente porque, contrariamente a lo que piensan sus principales apologistas, el abuso de esta operación da lugar, hoy en día, a que en diversas partes del mundo la gente mate y muera por esto; por el contrario, es muy poco probable que el olvido pueda provocar estas consecuencias. La inquietud de Rieff es pragmática, pero como es visto tiene una sólida e interesante base teórica, que ejemplifica claramente en último capítulo “Contra la rememoración”, en una de las reflexiones finales manifiesta: “(...) si nuestras sociedades dedicaran al olvido una parte mínima de la energía que ahora dedican a recordar y si se aceptara que por lo menos en determinadas circunstancias políticas el imperativo moral podría ser el “olvido activo” de Nietzsche y no “aquellos que olvidan el pasado están condenados a repetirlos” de Santayana, ¿no sería concebible pensar que la paz en algunos de los peores lugares del mundo podría estar realmente cerca?” (Rieff, op. Cit., 173).